



El empresario español ha pecado de falta de previsión y organización. En la foto: reunión de los dirigentes de la Confederación Española de Asociaciones Empresariales con representantes del Gobierno.

Crisis económica

EL MERCADO NO LO RESUELVE TODO

GERMAN PEREZ

TODO lo que sea sentarse en una mesa a negociar es indudablemente positivo. Me estoy refiriendo a las conversaciones que actualmente están manteniendo los tres interlocutores en cuyas manos está la solución de la actual crisis económica, es decir, Gobierno, empresarios y centrales sindicales. Aquí antes esto nunca ha sido posible, entre otras cosas porque, durante muchos años, Sindicatos y Gobierno han sido la misma cosa.

El problema, sin embargo, es mucho más profundo y viene de más lejos que del comienzo de la actual crisis. El principal y por ahora insalvable obstáculo radica en nuestras propias estructuras económicas y financieras. Me explicaré: nadie pone en duda que los grandes problemas a solucionar son el paro y la inflación.

Muchos dogmas económicos han sido echados por tierra cuando ambos han aparecido simultáneamente y en tasas muy altas. Vamos a tratar primeramente del empleo. Todas las estadísticas recientes muestran la paulatina reducción de la inversión dentro del gasto nacional en beneficio del consumo, todo ello naturalmente en detrimento de la creación de nuevos puestos de trabajo. Los tres componentes de la inversión privada: en existencias, en capital productivo fijo y en construcción muestran signos evidentes de gran debilidad.

Por el contrario, un incremento en la inversión llevaría consigo la cadena de efectos multiplicadores siguientes: aumento del empleo; con ello, las rentas, que al gastarse aumentan la demanda, con ella la producción, la cual requiere más empleo. Ahora bien, a la hora de invertir, ¿qué factores toma el empresario en consideración? Se fija principalmente, en primer lugar, en su tasa de beneficio, en la rentabilidad de sus capitales invertidos, en la situación sociolaboral dentro de su sector y en las posibilidades de obtener financiación a largo plazo y barata.

Todos estos factores nunca han presentado una situación tan poco favorable para incentivar la inversión privada como en el momento presente. ¿Qué milagro económico va a realizar el Gobierno para solucionar esta situación? El actual Gobierno defiende la libre iniciativa y la economía de mercado a ultranza

como formas más adecuadas para realizar una más eficaz asignación de los recursos, por otro lado, cada vez más escasos. Esta concepción smithiana de resolver los problemas económicos me temo no va a dar las soluciones que necesitamos de forma rápida y precisa.

Si dejamos a la iniciativa privada que sea el principal motor que ponga en marcha la inversión creadora de empleo, ocurrirá, como de hecho ya ocurre, que los recursos se dirijan hacia inversiones con una alta proporción de capital con respecto a trabajo, resultando una composición orgánica del capital muy desfavorable para el factor variable, el empleo.

Nadie aboga por un super-Estado que todo lo abarque ni por una burocracia pesada e ineficaz, pero es imprescindible contar con un Estado dotado de los **recursos financieros necesarios** para dirigir el gasto público, de manera suficiente, hacia los objetivos prioritarios de satisfacción de las necesidades colectivas más elementales. ¿Es coherente que los gastos totales de la Administración Pública sean en España, con relación a otros países de la CEE, un 15 por 100 inferiores? La inversión pública ha de dejar de tener un carácter subsidiario con respecto a la privada. No se trata de socializar las pérdidas, como se ha hecho hasta ahora, sino, repito, poner a disposición del Estado los recursos financieros adecuados, tanto por la vía fiscal como a través de las entidades crediticias para convertir a la inversión pública en la variable clave para crear puestos de trabajo.

Y ahora vamos a decir algo sobre el otro trauma que acecha diariamente a los españoles: la inflación. Esta es indudable que se verá acrecentada por la reciente devaluación, la cual encarece las importaciones, ya de por sí muy poco elásticas y en gran parte insustituibles si deseamos mantener altos niveles de desarrollo en nuestra economía. A la inflación se la intenta atacar a través del manoseado término de la política de rentas. Si bien este término es plural queriendo abarcar tanto rentas del trabajo como del capital, en la práctica se ha convertido principalmente en una política de precios y salarios. Históricamente, y ahora no va a ser la excepción, los segundos han sido más fácilmente controlados que los

primeros. En cualquier caso, la lucha contra la inflación no debería encuadrarse exclusivamente en una política de rentas. ¿No producen efectos inflacionarios aún más graves el encarecimiento de los productos agrícolas a través de las deficientes estructuras de comercialización de los mismos? ¿o bien el encarecimiento del suelo urbano, que en cifras recientemente publicadas referentes a Madrid se cifraba últimamente en un 300 por 100 con todo el incentivo a la especulación que esto lleva consigo? ¿o bien el encarecimiento del dinero, que a veces supone unos costes financieros prohibitivos que en definitiva vendrán repercutidos sobre los precios?

Un factor, a veces olvidado, que influye constantemente en las distorsiones sufridas en nuestra economía es la forma de financiarse de nuestras empresas. Me refiero principalmente a la pequeña y media empresa que engloban una parte importantísima de nuestra producción y empleo industriales. Schumpeter siempre calificó al buen empresario como aquel que gozase por encima de otras cualidades la de ser innovador. Se podría añadir que tan importante como esta cualidad sería la de ser planificador. ¿Cuántas empresas de las características mencionadas realizan los estudios financieros adecuados para conocer sus futuras necesidades, intentando averiguar la posible evolución de los flujos recursos-empleos? La planificación empresarial ha caído en desuso y el empresario vive pendiente de las posibilidades de descuento bancario de papel comercial a corto plazo. La autofinanciación, agravada por la reducción en los márgenes de beneficio, es prácticamente inexistente. Por otro lado, la práctica inaccesibilidad a la Bolsa resta fuentes de financiación a numerosas empresas del tipo aquí estudiado. Todo ello, repetimos, supone un acrecentamiento desmesurado del descuento bancario, y del corto plazo, como forma de financiación empresarial básica, con todos los riesgos que lleva esto consigo para la economía general del país. Además, esto resulta agravado en un momento como el actual en que la actuación de nuestras autoridades monetarias se dirije, a fin de contrarrestar el efecto inflacionista de la devaluación, hacia una reducción paula-

tina de sus créditos a corto plazo a la banca privada.

A veces, las estadísticas mostrando un incremento del crédito bancario al sector privado podrían no ser correctamente interpretadas. En una coyuntura de crisis, un aumento en el crédito no supone necesariamente una tendencia de estímulo a la inversión, sino que hace suponer más bien necesidades financieras urgentes para hacer frente a pagas extraordinarias, nóminas, financiación de unas existencias excesivas, etc., olvidándose así de cualquier módulo de ortodoxia financiera.

El empresario español ha pecado de falta de previsión y de organización. La época de las vacas gordas ha pasado y nos encontramos en un período de crisis que se extiende más de lo previsto y que si bien se corresponde con una crisis bastante generalizada también en otros países, aquí resulta acentuada y más laborioso salir de la misma, debido en gran parte al crecimiento desordenado de los últimos años, en donde cualquier previsión futura brilló por su ausencia.

Entonces nos vienen a la mente las siguientes preguntas: ¿Están el empresario y la empresa españoles preparados tecnológica y financieramente para hacer frente a los complejos problemas que supone una fuerte y creciente competencia foránea? El empresario, en épocas de "boom" económico, ¿no podría haber estructurado más racionalmente sus finanzas creando reservas suficientes en previsión de peores tiempos y realizando una política de amortizaciones idónea? ¿No se destinó una parte exagerada de los beneficios a retribuir el capital? Todos estos errores cometidos nos obligan a pensar dos veces si confiando en la iniciativa privada podremos salir del atolladero económico en que nos hallamos inmersos. La contestación, indudablemente, llevaría consigo un fuerte matiz político. En efecto, todos los problemas aquí planteados deben ser solucionados por la vía política, pues llevan implícito algo mucho más profundo que una simple negociación tripartita para salir del paso. Se trata más bien de llegar a un consenso para conocer qué cambios estructurales son necesarios para dar con la fórmula que solucione nuestros problemas económicos a largo plazo, sin "parcheos". ■